

nombre de pánico, el que ha ya pasado a formar en la legión de los sustantivos comunes, abandonando la lista decorativa de la adjetivación.

Es curiosa la evolución del verbo "apañar" que todos los clásicos usan por coger, atrapar, agarrar. Su ascendencia no puede reconocerse en **pango**, **pépigi**, **pactum**, **pángere**, tomar, coger, porque ninguna de las acepciones numerosas de tal verbo acuerda con el sentido delimitado y específico de "apañar". Tampoco está en la raíz **pugnus**, como que el vocablo empuñar que se deriva de ella, no consulta la intención descrita antes. Mediante una trama deliberativa laboriosa, he creído que puede explorarse la fuente en **apanagium**, voz jurídico-política, dosificada para enunciar los beneficios pecuniarios reconocidos por la ley en favor de los hijos segundos de monarcas y señores poderosos, a fin de suavizar algo el odioso privilegio de la primogenitura. Supongo que entonces se diría que el segundón "apanagiaba", que sería tanto como recogía, atrapaba, agarraba lo necesario para su subsistencia congrua. Desde el punto de vista de la idea es grande la diferencia entre lo antiguo y lo moderno, pero nadie, sensatamente, nos discutiría la analogía de efectos. Lo que hace dos mil y más años era signo léxico de noble institución de derecho público, es hoy una modesta vulgaridad que solo tiene entrada en el estilo campechano y familiar. Tal es la prueba de que entre los pliegues de la palabra vieja se esconde un sentido joven, apenas sospechado.

Verdadera legión de casos en que el primer sentido calculado para una palabra se vio transformado, por vía de la metáfora, en otro sentido completamente distinto, se registran en las lenguas gemitoras de la nuestra. La voz "expedito", que hoy se aplica exclusivamente a lo fácil, corriente y desembarazado, tuvo su origen en el prefijo **ex** y en la raíz **pes**, **pedis**, el pie. La preposición **ex** en su uso particular, expresa deshacer, restituir a su anterior estado, soltar las ligaduras. Con el verbo **expedio**, se indicaba, en primer término, la acción de devolver la libertad a los pies sujetos con un lazo. Así como el que se halla con los pies atados carece de poder para moverse con facilidad y soltura, el que recobra la capacidad para hacerlo, merece que se le designe con nombre que tenga nexos con la palabra "**expedición**". Resta saber si "despedir", que conserva estrecha relación con "expedir", llegó a servir para denotar acción distinta de la que hoy se considera representada por aquélla, o si se limitó apenas a presumir libre a una persona para retirarse o ausentarse.

Hay otra voz latina, que, al hacer tránsito al léxico castellano, dejó la huella de una transformación total: **bufo**, **bufonis**, sapo, animal que por su fealdad risible habría de conferir caracterización al bufón de nuestro idioma, hombre contrahecho y ridículo, destinado a provocar ese contraste que es la base psicofisiológica de la risa, según la teoría de Enrique Bergson.

Metamorfosis análoga puede reconocerse en la palabra **bribón**, que se produjo sobre el núcleo radical **véerber**, **látigo**, que, a su turno, engendró la voz **véerber**, **verberonis**, o sujeto digno de la pena de azotes. La sustitución de la "v" inicial por la "b" se justifica por la asociación sincopada con la consonante "r".

MIGUEL AGUILERA

Presidente de la Academia de Jurisprudencia
Miembro de número de la Academia de Historia.

TENDENCIAS DE LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA

Por PHILIPPE NORTH

Los historiadores nos engañan. Aprendimos en la escuela que los acontecimientos se encadenan y a diario comprobamos que nuestras acciones tienen efectos que a su vez son causa de otros efectos; y así, sucesivamente, hasta lo infinito, todo es dependiente. "Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, habría cambiado toda la faz de la tierra". Nadie duda que los acontecimientos del mundo se ordenan los unos a los otros. Empero, se olvida generalmente anotar que la cadena de efectos y causas es perfectamente imprevisible. Sucedió que el 14 de julio de 1789 algunos amotinados se apoderaron de La Bastilla; y ocurrió también que, habiendo tomado la Revolución Francesa cierta orientación, se guillotizó a Luis XVI el 21 de enero de 1793. Desde entonces todo es simple para el historiador que merita sobre los acontecimientos efectivamente realizados. El historiador dice: "En la toma de La Bastilla se inscribía ya la muerte de Luis XVI". Y nos engaña. Explicar lo más reciente por lo menos reciente es su tarea; pero que se exprese como si los acontecimientos del mundo se desarrollaran con arreglo a leyes necesarias que él ha logrado penetrar, no pasa de ser una impostura.

No es difícil prever lo que ha pasado. Y da la impresión de que no siempre las gentes perciben el ridículo que involucra profetizar el pasado o el presente: los historiadores se instalan en el pasado, fingen ignorar el presente y hablan del futuro. Sería tiempo ya de ver que los susodichos puntos de partida son en realidad puntos de llegada: no es el pasado el que aclara el presente, es el presente el que arroja luz sobre el pasado; o más generalmente, lo reciente esclarece lo menos reciente. Imaginaos una Revolución Francesa fracasada y los Borbones todavía en el trono: la toma de La Bastilla no pasaría de ser un hecho ordinario entre muchos otros, profundamente olvidados; solamente a la luz de los hechos que siguieron es como el 14 de julio de 1789 adquiere importancia y significación. En los hechos ninguna previsión es posible, porque nada está escrito. El porvenir es una página blanca y nadie tiene derecho a hablar del futuro: nunca se prevé sino después del hecho.

Si el punto de llegada (conocido del historiador) imparte su sentido al punto de partida, el cual punto de llegada incluso, acusa la existencia de un punto de partida; y como, por otra parte, no existe un punto de arribo definitivo puesto que el tiempo no cesa de correr y el mundo de modificarse, es necesario concluir que la historia debe ser reescrita a cada instante. Cada época escogerá el pasado que le convenga. M. R. Aron nos

ha demostrado, justamente, que sería necesario descartar toda idea de posible objetividad en materia de historia (1).

Lo que es cierto en la limitación de la historia en general no puede ser falso en la historia de la filosofía. Si se ha leído las "Deux Sources de la Morale et de la Religion", la última obra de Bergson, no se leerá de la misma manera el "Essai sur les Données Immédiates de la Conscience", que inauguró la carrera filosófica de su autor: el hecho de conocer ya el último pensamiento de Bergson, arroja gran luz sobre el estado primero, inicial de este mismo pensamiento; se perfila una orientación y se revelan tendencias que solamente por el conocimiento que se tiene de su punto de llegada se pueden sorprender en su nacimiento. Se llega por este camino a pensar que habiendo escrito los "Données Immédiates de la Conscience", Bergson debía también escribir un día sus "Deux Sources de la Morale et de la Religion". Lo importante es no dejarse arrastrar por la ilusión.

Lo anterior no tiene otra utilidad que justificar mi inevitable falta de objetividad en lo que sigue: tratando de desglosar las tendencias de la filosofía contemporánea, no puedo sustraerme a vivir en 1953; observo la filosofía de hoy, y ella me impregna. Entonces, ¿cómo desprenderme del gusto de reanimar en la filosofía anterior todo lo que prepara la filosofía actual? He leído a Sartre cuando hablo de Bergson, de modo que no puedo ver a Bergson sino a través de Sartre. Y cuál es más imparcial: ¿el que adopta la objetividad fingiendo ignorar el presente, a partir del cual juzga y comprende el pasado, como inevitable que es, o el que confiesa sus "partis pris", advirtiendo así a los lectores que sus propósitos apenas son breve postura personal y muy provisional?

Si se hace partir la filosofía contemporánea desde 1889, época en la que Bergson publica su tesis "Essai sur les Données Immédiates de la Conscience", me parece que su primera tendencia es a filosofar. Da la impresión de que en 1889 la filosofía comienza a sacudir la torpeza en que la mantenía la influencia inglesa dominante en la época precedente. Ese estado de espíritu que Renouvier llamó "cientismo", esta visión del mundo en que la persona y su libertad carecen de lugar, porque todos los fenómenos se aprisionan como dentro de una malla de leyes rigurosas, este pensamiento, finalmente, que los dictados de la ciencia simulaban imponer, quedan definitivamente desvalorizados por Bergson. En las obras frías y disecadas de la segunda mitad del siglo XIX, cuando el espíritu se limita a estudiar las condiciones de su ejercicio, la filosofía parece como avergonzada de sí misma. Mas llega Bergson y el espiritualismo despierta la filosofía, la cual reivindica sus derechos a hablar del hombre y del mundo.

Pero... si es Bergson quien señala el despertar de la filosofía, ¿cómo hablar de una tendencia? ¿Puede una obra sola justificar que se hable de "corriente"? Sí, cuando se piensa en la enorme influencia que ella ejerció sobre los espíritus de entonces. Gide, hablando de Bergson, escribe en su diario: "Más tarde se creará descubrir dondequiera su influencia sobre nuestra época, porque él es de su época y cede sin cesar al movimiento". Lo cual resulta un poco injusto, pero es innegable que Bergson no habría alcanzado el éxito de todos conocido, si no hubiese expresado lo que cada

(1) R. Aron: Introduction à l'étude de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique. París, 1938.

cual sentía confusamente, y si los espíritus no hubieran estado maduros para asimilar el mensaje que el filósofo traía. Oresme, en el siglo XIV, demostró muy bien que la tierra giraba alrededor del sol y no el sol alrededor de la tierra. Sin embargo, su aseveración no tuvo eco. Se necesitó más de un siglo para que se considerase seriamente esta verdad. Oresme se habría adelantado demasiado a su tiempo. Se puede entonces decir que la obra de Bergson es el signo de un despertar de la filosofía, o, si se prefiere, que Bergson reveló a la filosofía de entonces que ella tendía a filosofar.

La segunda tendencia de la filosofía contemporánea es el respeto por lo concreto y el cuidado, constantemente manifestado, de no presentar dividido lo que se da como todo integral. Esta preocupación, que ya se sorprende en Bergson en su lucha contra la psicología "atomista" de tradición inglesa, caracteriza todas las obras contemporáneas v. gr.: "Stream of Consciousness" de James y "Gestalttheorie" de los alemanes. Nuestros filósofos piensan las cosas bajo la categoría del todo: Brice Parain, por ejemplo, en "Recherches sur la nature et les fonctions du langage" (1942) nos anticipa que el lenguaje mutila lo real; y Jean-Paul Sartre (Temps Moderne N° 1) preconiza una concepción "totalitaria" del hombre, que pondrá en evidencia la multitud de determinaciones que pesan sobre cada persona, demostrando todo lo que debemos a nuestro medio, a nuestra clase, a nuestro tiempo, a nuestro país, etc... Un hombre es inseparable de su "situación".

* * *

La tercera tendencia es la anti-intelectualista. No se ignora que los pensadores existenciales de hoy esperan más de la emoción que del pensamiento para la revelación de lo real. Pero la hostilidad frente al intelectualismo no les es peculiar: se manifiesta a lo largo del siglo y dondequiera. En Alemania, particularmente Klages, denuncia esta "vida intelectual parasitaria" que rompe la unidad del alma. Spengler atribuye a la atención excesiva que hemos prestado al intelecto las causas de la "Decadencia de Occidente" (1920) y Keyserling, sobre todo, no cesa de enfrentar a nuestro intelectualismo superficial la profundidad del espíritu oriental. Aquí todavía reaparece la filosofía de Bergson, quien desacreditó metafísicamente la inteligencia al no ver en ella sino una función "fabricadora", simple producto de la evolución de la vida, y le restó, en beneficio de la intuición, el privilegio de permitirnos aprisionar la esencia de las cosas.

Tal descrédito no es gratuito y esta crítica de la inteligencia por la inteligencia se comprende mejor cuando se intuye detrás de ella cierto misticismo que podría quizás interpretarse como otro rasgo de la filosofía contemporánea. Melle Adolphe ha demostrado que había una "Filosofía Religiosa de Bergson" (1946) y recordado el estrecho parentesco del Bergsonismo con el Taoísmo y el Hinduismo, que persiguen la liberación del sér en la emoción de un contacto intuitivo y se afanan mediante la práctica de la Yoga en hacer descender en sí el espíritu a una profundidad tal que sorprende la vida universal en su fuente. Hay en la visión espiritualista de Bergson una reacción contra el mecanismo "cientista" de la época precedente. Existe también un misticismo auténtico: después de Plotino y los neo-platónicos que tratan de reunirse con "el alma del mundo" en "el éxtasis", Bergson aspira a una comunión con el mundo esencialmente uno que

él presente y que la inteligencia le vela, el mundo que una experiencia metafísica sola puede permitirle alcanzar, siempre que él filosofe "con toda su alma". "No apliques a la verdad solo el ojo, sino todo aquello que, sin reservas, está en tí mismo", escribió Paul Claudel, siendo significativo que un profesor de la Sorbona, Rachelard, haya puesto dicha frase como epígrafe de algún capítulo en uno de sus libros (El agua y los sueños).

Conviene cuidarse en este punto de ciertas afirmaciones absolutas. La tendencia a identificar la vida y el espíritu, por más que se la sorprenda en algunos (Ch. Dunan en Francia y Keyserling en Alemania), no constituye la regla. Frente al espiritualismo de Bergson se debe levantar el intelectualismo de León Brunschvicg, quien divide radicalmente lo espiritual de lo vital y reduce el "Conocimiento de Sí mismo" (1931) al conocimiento del espíritu en sus producciones, las ciencias, donde triunfa la objetividad. De igual manera, frente a la filosofía espiritualista de Blondel que desemboca en la religión, precisa situar la filosofía del intelectualista Hamelin, que reconstruye dialécticamente lo real. De una manera general, el intelectualismo sobrevive en el pensamiento contemporáneo y el propio racionalismo aún goza de la confianza de algunos. Pero es cierto que para muchos —quizá para la mayor parte— conocer la vida por la razón, es, como dice Gide, agarrar una llama con pinzas.

* * *

El **anti-intelectualismo** se dobla habitualmente de gran desconfianza por la **objetivación**, es decir, por la actitud que consiste en convertir toda realidad en **objeto**, para estudiar de manera científica. Todavía aquí la honestidad nos obliga a recordar que, a comienzos del siglo, el norteamericano Watson inauguró en psicología el "Behaviorismo", que se limita a estudiar la conducta del hombre; y a Durkheim, quien, a fines del siglo XIX, fundó la sociología francesa por la tenaz voluntad de "tratar los hechos sociales como cosas". Pero el subjetivismo es cada vez más fuerte. Desde la primera guerra mundial, el gusto por considerar la existencia tal como es sentida por el sujeto vivo, acrece sin cesar. La filosofía se acerca a la vida; sobre su propio destino y el lugar que ocupa en el mundo se interroga el filósofo de hoy. La metafísica readquiere el primer puesto y la filosofía, consciente de la agudeza y de la urgencia de los problemas que afronta cada hombre, se resiste a permanecer enmarcada en las disciplinas particulares: lógica, psicología o sociología. Pascal, Maine de Biran y San Agustín, entre otros, ven hogaño que su influencia se renueva. No se lee a Kierkegaard sino de corto tiempo a esta parte, y el existencialismo es filosofía más que reciente; pero la tendencia anti-intelectualista no es tan nueva. El pragmatismo de James, que define la verdad por la utilidad y que, asentando el primado de la acción eficaz, conduce ya a la consideración del sujeto activo; el bergsonismo, atento al tiempo que nos conduce hacia un porvenir no escrito, dependiente de nuestra libertad de crear; la filosofía de "L'Action" (1893) de Blondel, más dedicada al drama del universo que a su orden racional; la obra de Rauh, que incide más sobre "La experiencia moral" (1903) que sobre las teorías de la moralidad: todo ello es llevado por la misma corriente en que navegan las filosofías existenciales.

No puede negarse que el existencialismo es una especie de expresión sintética de las diferentes tendencias que acabamos de sorprender en la filosofía contemporánea. Del conocimiento de la filosofía actual parto para comprender la filosofía de ayer: el conocimiento de la meta facilita la comprensión del camino andado. Y no debe deplorarse que el historiador esté como atornillado a su época y sin esperanzas de desprenderse: su "situación" en la actualidad semeja un faro que alumbró el pasado, el cual toma sentido provisional de que antes carecía. El existencialismo no se esclarece por lo que le precede; es lo que precede lo que se aclara por el existencialismo. Una tendencia sólo es una palabra, un rótulo que el espíritu inventa para ver más claramente.

PHILIPPE NORTH

Director de la Alianza Colombo-Francesa.
Doctor en Letras y Filosofía de la Sorbona
(París).